



LA PISTA DEFINITIVA



Salí de la funeraria corriendo como un caballo desbocado. Con un poco de suerte llegaría a tiempo a la Jefatura de Policía para hablar con Auguste Dupin. Era domingo, pero me había comentado que estaría de guardia por si había alguna novedad en el caso. Yo estaba impaciente por compartir con él lo que había descubierto, pero antes fui a casa de mi hermana. Necesitaba que me diera su cuaderno de dibujo.

—¿Para qué lo quieres? —me preguntó Rosalie.

—Si me lo dejas, ganaremos mucho dinero —le respondí.

Me vio tan convencido que decidió dejármelo sin rechistar. Eso sí, le prometí que más tarde le contaría el porqué de mis prisas. Corriendo otra vez, salí de su casa y recorrí las 6 calles que me separaban de la Jefatura de Policía a la velocidad del rayo.



Kevin estaba a punto de acabar su turno cuando yo llegué. Debió de notar que estaba muy excitado, porque me preguntó:





—¿Has encontrado un tesoro?

Yo sonreí. No era un tesoro, pero casi. Lo que había descubierto me hacía estar más cerca de la recompensa.

—Ya sabes cuál es el camino —me señaló.

Dando zancadas, me planté ante el despacho de Dupin. Estaba vacío. Tuve que esperar unos minutos que se me hicieron eternos. Cuando, por fin, vi al inspector llegar, noté como mi corazón se me aceleraba. Dupin también debió de darse cuenta de que tenía algo muy importante que decirle, porque soltó una carcajada al verme:

—¿Qué pasa? ¿Te has cruzado con los asesinos de la calle Morgue?

Estuve a punto de decirle que no iba desencaminado, pero, de momento, me callé. Me acerqué a su escritorio y le conté que había visto los cadáveres en la funeraria y que había leído las conclusiones de las autopsias. Auguste Dupin negó con la cabeza.

—Te advertí de que no era apto para jóvenes de tu edad, por muy inteligentes que sean.

Le interrumpí. No podía demorar más lo que iba a decirle. Naturalmente, entoné mi voz de estar «absolutamente seguro de lo que digo» y proclamé:

—Ya sé cómo asesinaron a las dos mujeres de la calle Morgue.

Los ojos de Dupin se iluminaron mientras yo tomaba aire para continuar:



—El asesino no es un ser humano.

El rostro de Dupin cambió. Me miró con extrañeza, como si me hubiera vuelto loco. ¿Qué le estaba intentando decir? ¿Qué significaba que no era un ser humano? Sin duda creyó que yo estaba desvariando, algo que, por otra parte, ya me imaginaba. Por ello me había preparado una lista que justificaba mi teoría. La había escrito en un papel que extraje del bolsillo de mi pantalón.

LA RESOLUCIÓN DEL CASO DE LA CALLE MORGUE

- 1) El salvaje desorden del aposento.
- 2) La asombrosa agilidad de, al menos, uno de los agresores.
- 3) La fuerza sobrehumana de, al menos, uno de los agresores.
- 4) La ferocidad brutal de, al menos, uno de los agresores.
- 5) La carnicería sin motivo.
- 6) El estado en que quedaron las dos víctimas.
- 7) La confusión de voces, sobre todo de la más aguda.
- 8) El mechón de pelo rojo.
- 9) El cuello negro de Berthe Lespan.
- 10) La cara desfigurada.





Dejé de leer para mirar a Dupin, quien me indicó con sus ojos que prosiguiera.

—¿Qué resultado obtenemos? —pregunté como si yo, esta vez, fuera el inspector Dupin.

Dupin frunció el ceño:

—El autor del crimen es un maníaco o un loco furioso escapado de algún manicomio —respiró hondo—. Por eso, creo que Brandy Bones encaja. Es un buen chico, pero todos sabemos que cuando ingiere alcohol puede ser muy agresivo.

Lo interrumpí porque ya sabía que no tenía ningún sentido acusar a Brandy. Argumenté su inocencia:

—Aunque el presunto asesino fuera un loco, tendría una voz reconocible. Al menos, Brandy Bones tiene una voz reconocible. Como norteamericano, habla en inglés.

Entonces, le pedí a Dupin que nos trajeran un mechón de pelo de la cabeza pelirroja de Brandy Bones para compararlo con el que habíamos encontrado en el pararrayos. Al cabo de un rato, ya teníamos los dos tipos de cabello sobre la mesa del inspector. Los comparamos. El de Brandy era más fino, más liso. En cambio, el que habíamos encontrado era mucho más rígido, parecía un alambre.

Los ojos de Dupin, tras mirar insistentemente los dos tipos de cabello, se iluminaron:





—¡Poe, no sé cómo no me había dado cuenta!
¡Creo que no es cabello humano! —gritó el inspec-
tor trastornado por lo que acababa de descubrir.

Yo no pude evitar sonreír. Dupin estaba realmente impresionado por lo que él mismo había dicho. Eso era precisamente lo que yo había intentado transmitir al inspector: que el cabello no era humano. Entonces, extraje de mi cartera el cuaderno que había pedido prestado a mi hermana. El inspector ya lo conocía porque se lo había mostrado Rosalie el día que me acompañó a la policía. Lo abrí.

—¿Lo recuerda, inspector? Es el trabajo que está haciendo mi hermana sobre los grandes mamíferos de Asia: el elefante, el tigre, el hipopótamo...

Fui pasando páginas hasta llegar al orangután leonado de las islas de la India oriental. Realmente, estaba realizado con gran destreza, como todos los que hacía mi hermana. Junto al dibujo se relataban las características del gran orangután. El texto destacaba las tendencias imitativas de estos mamíferos, su peculiar pelo rojizo, su gigantesca estatura, su terrible ferocidad, así como su prodigiosa fuerza y agilidad. También recalcaba que tenían unos músculos muy fuertes en las extremidades para saltar de árbol en árbol.

—El cuello totalmente negro de Berthe Lespan indica que las manos del asesino eran extraordinariamente fuertes —proclamé.





Me coloqué los dedos de la mano apretando mi propio cuello para ilustrar lo que le estaba diciendo. Hundí la yema de mis dedos en la piel hasta hacerme daño.

—Las marcas de los dedos que quedaron en el cuello de Berthe Lespan están tan hundidas que no parecen hechas por una persona. Mi conclusión es que solo una bestia sería capaz de producir las marcas que he visto en la garganta de Berthe Lespan.

El inspector continuaba asombrado y sin reaccionar. Me miraba completamente atónito. Le estaba diciendo que el asesino de las dos mujeres era, ni más ni menos, que un orangután. Tras dar una profunda calada a su pipa, habló:

—Pongamos que el mechón de pelo rojo pertenece a un animal. De todas maneras, no alcanzo a comprender algunos detalles de este aterrador misterio. Por ejemplo, se escucharon dos voces que discutían y una de ellas era, sin duda, la de alguien que hablaba en inglés.

Yo sabía que Dupin me iba a hacer esa apreciación, pero también tenía preparada la réplica. Entonces mi voz de estar «completamente seguro de lo que digo»:

—Cierto. Recordará usted que, casi unánimemente, los testigos declararon haber oído decir a esa voz: *My God!* y *Terrible!* Pues bien, creo que alguien que hablaba inglés fue el primer testigo del



asesinato. Sin embargo, es posible, e incluso muy probable, que sea inocente y no participara en el sangriento episodio.

Me detuve unos instantes para recalcar lo que estaba a punto de decir:

—En mi opinión, esa voz pertenecía al dueño del orangután. Tal vez el animal se le escapó.

Dupin estaba impresionado con mi teoría. ¡Se había quedado blanco como el papel! Y tardaría varias horas en reaccionar. Semanas más tarde me confesó que nunca se había topado con un caso tan extraordinario como el de la calle Morgue.

—El culpable del asesinato es un orangután
—susurró todavía estupefacto.

